

Introducción

Bienvenido a esta iglesia conventual de las madres carmelitas de Ciudad Real. Al pasar te habrás dado cuenta que sobre el altar se encuentra Jesucristo, realmente presente en el sacramento de la Eucaristía. Él es quien te ha traído hasta aquí. Él es quien quiere pasar un rato contigo y está dispuesto a escucharte.

Para empezar este rato de oración lo primero que te propongo es que te pongas de rodillas y hagas un acto de presencia y adoración ante el Señor. Un “buenos días Señor” o un “buenas tardes” puede ser una buena forma de empezar. Pon en su presencia aquellas cosas que te preocupan o que te ilusionan en este momento y ponlo todo en sus manos: “entre tus manos, Señor, están mis azares, mi suerte está en tu mano”.

A continuación, te invito a que vuelvas a sentarte en el banco. Además de poner ante el Señor tus cosas, hoy has venido aquí invitado a rezar por las vocaciones. ¿Qué son las vocaciones? ¿Qué es la vocación? Generalmente la vocación suele ser la respuesta a preguntas como “¿qué quiero ser de mayor?” “¿para qué sirvo? De ahí se deduce que uno tiene vocación o sirve para ser médico, maestro, ingeniero o agricultor. Es como si un adolescente o joven que se pregunta por su futuro se sentará en la mesa de un despacho a sopesar los pros y los con-



tras de una u otra opción. ¿Realmente es esto la vocación?

El punto de partida de cualquier vocación no es el propio “yo”, sino que hay un “Tú”, en este caso Dios, que te llama y te hace una propuesta de vida. La pregunta por la vocación va más allá de la pregunta por el ámbito profesional. La pregunta sobre la vocación tiene que ver con un sueño, con un proyecto, con algo más grande que nosotros mismos.

A continuación, te invito a leer con detenimiento este fragmento del capítulo 10 del evangelio de san Lucas:

Respondió Jesús diciendo: «Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó, cayó en manos de unos bandidos, que lo desnudaron, lo molieron a palos y se marcharon, dejándolo medio muerto. Por casualidad, un sacerdote bajaba por aquel camino y, al verlo, dio un rodeo y pasó de largo. Y lo mismo hizo un levita que llegó a aquel sitio: al verlo dio un rodeo y pasó de largo. Pero un samaritano que iba de viaje llegó a donde estaba él y, al verlo, se compadeció, y acercándose,

le vendó las heridas, echándole aceite y vino, y, montándolo en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y lo cuidó. Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero y le dijo: “Cuida de él, y lo que gastes de más yo te lo pagaré cuando vuelva”. ¿Cuál de estos tres te parece que ha sido prójimo del que cayó en manos de los bandidos?». Él dijo: «El que practicó la misericordia con él». Jesús le dijo: «Anda y haz tú lo mismo».

Reflexión

¿Quién soy realmente? Creemos conocernos a nosotros mismos y sin embargo hay ocasiones en las que la pregunta nos asalta. La vocación tiene mucho que ver con la identidad, pero la identidad tiene mucho que ver a la vez con aquellos que te rodean. Por eso, hoy podemos hacernos otra pregunta: ¿para quién soy?

Según has leído en el texto evangélico, aparecen tres personajes que van de camino y en el viaje encuentran algo inesperado. Para saber quién es cada personaje podríamos hacerles la pregunta de para quiénes son cada uno de ellos.

El sacerdote y el levita son para sí mismos. El pobre apaleado en el camino es un obstáculo para sus planes, tienen muy claro lo que quieren hacer, lo que quieren ser, y nada ni nadie les podrá apartar de ello.

El samaritano también tenía su camino, su proyecto, pero, dejando todo eso a un lado, hizo suyo el camino del necesitado.

Los dos primeros personajes son un ejemplo de vocación de despacho, de vocación de opciones, de pros y contras. Ellos son el ejemplo de ese modelo de persona hecho a sí mismo y que todo lo ha logrado por su esfuerzo. Para ellos no hay llamada, no hay

propuesta, soy yo mismo quien decido sin nadie que me diga lo que tengo que hacer.

El tercer personaje es un ejemplo de vocación del camino. En tus planes y proyectos, Dios irrumpe haciéndose el necesitado, el pobre viajero tirado al borde del camino. Dios te pide que le ayudes; a cada uno nos pide que le ayudemos, a unos de una forma y a otros de otra. Tal vez Dios se ha cruzado en tu camino porque te necesita para crear una familia cristiana donde el amor a Dios sea el calor del hogar. También puede ocurrir que el Señor te necesite para ser sacerdote y poder así guiar a su pueblo y hacerlo presente mediante los sacramentos en su Iglesia. O también puede que te pida que consagres tu vida a la oración o a la ayuda al prójimo, incluso puede que te pida ir a tierras lejanas a anunciar su nombre. Este Mendigo tan necesitado hoy se cruza también en tu camino. ¿Seguirás un rodeo para evitarlo? Tal vez ha llegado el momento de ponerte cara a cara frente a él y preguntarle: ¿para quién soy Señor? Muéstrame tu rostro, muéstrame en qué te hago falta, porque, aunque muchas veces creo que voy a comerme el mundo, me doy cuenta que la paz verdadera solo la encuentro cuando tú estás cerca.

Guarda un momento de silencio y dialoga con el Señor.

A continuación, te invito a hacer tuyas estas palabras de santa Teresa de Jesús:

***Vuestra soy, para vos nací:
¿qué mandáis hacer de mí?***

Soberana Majestad,
eterna sabiduría,
Bondad buena al alma mía;
Dios, Alteza, un Ser, Bondad:
la gran vileza mirad,
que hoy os canta amor así:
¿qué mandáis hacer de mí?

Vuestra soy, pues me criasteis,
vuestra pues me redimisteis,
vuestra, pues que me sufristeis,
vuestra pues que me llamasteis.
vuestra, porque me esperasteis,
vuestra pues no me perdí,
¿qué mandáis hacer de mí?

¿Qué mandáis, pues, buen Señor,
que haga tan vil criado?
¿Cuál oficio le habéis dado
a este esclavo pecador?
veisme aquí, mi dulce amor,
amor dulce veisme aquí:
¿qué mandáis hacer de mí?

Veis aquí mi corazón,
yo le pongo en vuestra palma;
mi cuerpo, mi vida y alma,
mis entrañas y afición.
Dulce esposo y redención,
pues por vuestra me ofrecí,
¿qué mandáis hacer de mí?

Dadme muerte, dadme vida;
dad salud o enfermedad,
honra o deshonra me dad,
dadme guerra o paz crecida,
flaqueza o fuerza cumplida,
que a todo digo que sí:
¿qué mandáis hacer de mí?

Dadme riqueza o pobreza,
dad consuelo o desconsuelo,
dadme alegría o tristeza,
dadme inferno o dadme cielo,
vida dulce, sol sin velo,
pues del todo me rendí:
¿qué mandáis hacer de mí?

Si queréis dadme oración;
si no, dadme sequedad,
si abundancia y devoción,
y si no esterilidad.
Soberana Majestad:
sólo hallo paz aquí,
¿qué mandáis hacer de mí?

Dadme pues sabiduría,
o, por amor, ignorancia;
dadme años de abundancia,
o de hambre y carestía.
Dad tiniebla o claro día,
revolvedme aquí y allí,
¿qué mandáis hacer de mí?

Si queréis que esté holgando,
quiero por amor holgar,
si me mandáis trabajar,
morir quiero trabajando;
decid dónde, cómo y cuándo,
decid dulce amor decid:
¿qué mandáis hacer de mí?

Dadme Calvario o Tabor,
desierto o tierra abundosa;
sea Job en el dolor,
o Juan que al pecho reposa;
sea viña fructuosa,
o estéril, si cumple así:
¿qué mandáis hacer de mí?

Sea José puesto en cadena,
o de Egipto adelantado,
o David sufriendo pena,
o ya David encumbrado.
Sea Jonás anegado,
O liberto de allí:
¿qué mandáis hacer de mí?

Haga fruto o no lo haga,
esté callando o hablando,
muéstreme la ley mi llaga,
goce de Evangelio blando;
esté penando o gozando,
sólo vos en mí vivid.
¿qué mandáis hacer de mí?

***Vuestra soy, para vos nací:
¿qué mandáis hacer de mí?***

Para acabar este rato de oración, te propongo finalmente que reces estas letanías ofreciendo con ellas tu vida al Señor. Que María, la mujer de “sí” te ayude también en tu discernimiento para poder ver con claridad, en cada momento, lo que Dios pide de ti, lo que tus hermanos necesitan de ti.

Señor, ten piedad

Cristo, ten piedad

Señor, ten piedad

✠ A los que dan sus vidas al servicio de los demás

✠ Dales generosidad, Señor

✠ A los que anuncian tu Palabra

✠ Santifícalos, Señor

✠ A los que trabajan por la juventud

✠ Anímalos, Señor

✠ A los que trabajan por los más desfavorecidos

✠ Hazlos humildes, Señor

✠ A los que atienden a los enfermos

✠ Dales tu fuerza, Señor

✠ A los que consuelan a los tristes y afligidos

✠ Infúndeles tu Espíritu, Señor

✠ A los que acompañan espiritualmente

✠ Dales espíritu de discernimiento, Señor

✠ A los que están confundidos

✠ Dirige sus pasos, Señor

✠ A los que te buscan

✠ Concédeles un corazón sincero, Señor

✠ Por la santificación de la familia

✠ Envía Señor, obreros a tu mies

✠ Por la generosidad de los padres abiertos a la vida

✠ Envía Señor, obreros a tu mies

✠ Para que los jóvenes estén atentos a tu palabra

✠ Ilumina sus corazones, Señor

✠ Para que los jóvenes deseen anunciar el Reino

✠ Enciende sus corazones, Señor

✠ Para que los jóvenes busquen su para quien

✠ Eleva sus almas, Señor

✠ Para que los jóvenes no sean indiferentes

✠ Humanízalos, Señor

✠ Para que siempre oremos y promovamos las vocaciones

✠ Escúchanos, Señor

✠ Para que sepa amar y dar lo que soy y cuanto me das

✠ Escúchanos, Señor

✠ Del deseo de ser alabado

✠ Líbranos, Señor

✠ Del deseo de ser preferido

✠ Líbranos, Señor

✠ Del temor de ser humillado

✠ Líbranos, Señor

✠ Del temor de ser olvidado

✠ Líbranos, Señor

✠ Tú que eres Amor infinito

✠ Ten Misericordia de nosotros

✠ Tú que eres el Principio y el Fin

✠ Ten Misericordia de nosotros

✠ En el combate contra el mal y el pecado

✠ Danos tu Espíritu, Señor

✠ Si el dolor o la enfermedad nos visita

✠ Ábrenos a la esperanza, Señor

✠ Con todo mi corazón

✠ Te amo, Señor

✠ Con toda mi mente

✠ Te amo, Señor

✠ Con toda mi alma

✠ Te amo, Señor

Señor Jesucristo, Tú que te has hecho todo para todos, concédenos la gracia de vivir nuestras vidas al servicio de los demás, que sepamos mirar al otro más que a nosotros mismos, que nos dejemos acompañar y guiar en la búsqueda de nuestra vocación; danos un corazón despierto, que permanezca siempre en vela, para trabajar por el bien común, que contagie alegría, que no deje de soñar, que busque su para quién y que, al encontrarlo, lo siga con valentía. Tú, que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.